JOSÉ GABRIEL LÓPEZ ANTUÑANO (2016). *LA ESCENA DEL SIGLO XXI*. PUBLICACIONES ADE, MADRID.

Acercar en este momento el esbozo o el registro de más de una veintena de directores de escena como preámbulo del nuevo siglo, o como tránsito del que dejamos, es cuanto menos, una labor que se ha de elogiar, por la necesidad que atiende, pero, sobre todo, por la mirada a futuro que aporta.

Muchas otras atenciones han nutrido de forma sucinta esta ingente labor. Como resumen, hemos de recordar la edición de Edgar Ceballos y los directores de escena desde su nacimiento hasta nuestros días. También la pincelada sincrética de Edward Braun con los maestros de inicios del XX. En su misma línea, la atención de la gran Gala Tolmacheva en su monografía clásica de los directores del teatro moderno; para en último término, acaso en última instancia, la aportación de *Dramaturgias de la imagen* o la *Escena moderna*, que el teórico José Antonio Sánchez nos da como refundido urgente de una mirada histórica a la escena moderna y contemporánea urdida entre el teatro y su eterna acompañante, no menor, la danza. Han sido alguna de las labores encomiables de grandes estudiosos del arte de la dirección de escena, de la historia de la escena, que nos han ayudado a reconocer, estudiar y abordar con muy distintos criterios la historiografía con delicada documentación ingente, más no vivida de cerca por el estudioso y teórico, y que sin embargo nos han conducido en el reconocimiento de esas huellas de nuestra historia, en esos legados exegéticos que han conformado cada uno de esos libros, y de otros tantos que no debieran dejar de citarse.

En el presente documento, la labor viva de su autor, José Gabriel López Antuñano, nos alberga una de las circunstancias que igual no sé hasta dónde han podido ser características de los otros documentos, y que, por el contrario, en éste, se vuelve primordial, fidedigna, legítima y

distinta a sus antecesoras. Haber sido testigo preferente de todo lo que anida su estudio, descriptor a través de la labor heurística de compilador que ha trazado la historia reciente de estos directores en la contingencia de su trabajo, desde cada una de las miradas que han surgido a través de seguir la trayectoria en los años de su ejercicio, ante las diferentes perspectivas y vivencias de cada una de sus puestas en escena.

Éste es quizá el toque distintivo, identificador, y el que nos pone en aviso de lo que en un futuro podrían ser legados virtuales, donde ya la escritura y la fotografía, una fase final del mundo de la edición bibliográfica, de seguro, dará paso a dar monografías explícitas con imágenes, links, vídeos, teasers o referentes audiovisuales. Documentos que ya hay, de grandes detalles de la puesta en escena, y que acaso evidencian la falta de una compilación rigurosa, siendo un legado de trayectoria cronogramática develado virtualmente, visualmente, y desde el que cada uno pueda llegar a ver, a decodificar, a interpretar personal e individualmente. Una plétora de documentos abiertos a legitimarse, en tanto cada cual los eleve a rango de universal, o como muestra de un detalle significativo particular que nos colme de interés en nuestra atención individualizada hacia el arte escénico.

Todavía, en *La escena del siglo XXI*, asistimos a ese esfuerzo compilador de un viajante del cambio de siglo, no sé si de época, por cuanto las distancias y los fundamentos de la creación artística se vuelvan divorciados de la privacidad, sin la menor sospecha de haber sido ya vistos, ajenos a su discreción y descubrimiento universal, frente a otras tantas monografías de directores, compilaciones pretéritas, que nos han dejado huellas indelebles de saber inconmensurable. El riesgo de esta edición, es que aun cuando ya está en el albor de no ser un documento teórico, analítico, como bien dice su autor, sin querer nutre ese indispensable lugar de cita, de recuerdo, de debate, de época, de documento que nutrirá muchas miradas inscritas, genuinas, ávidas de saber; o frente a las ya sabidas, actúe como nutriente, como comparativa, como instancias que se puedan contrapesar a lo que no haya sido recogido, aunado, conformado y estructurado dentro de sus páginas.

En el libro se nos abren seis territorios sin límites, pero con códigos y retos en donde reunir a sus participantes: los que atienden a lo real como engranaje de espectáculos; los que se apuestan en imágenes, sensaciones o símbolos; lo que tras la desmesura viven la escena que les nace; los que abordan desde el audiovisual su código escénico; los que

en la heterodoxia y la mezcla aportan su engranaje espectacular; y, por último, los que abandonan el santo y seña del arte de la escena, de su referente fundamental para tantos, que, de todo quitar, solo se quedaron con su presencia, el actor, por contra, en este legado grupal, ausente.

En este recorrido, siempre, la *mirada comparativa* del compilador como única y rigurosa construcción *de una escena constituyente*. Que construye un universo en diáspora, que identifica a cada director en su unicidad, pero que le da convergencia al hilvanarse en un grupo "estético", "ético", definidor. A caballo entre la huida y la cercanía del arte afectado por la dispersión y la condición de las "unidades" convenidas. Que contraría la norma, pero que la posibilita con las intenciones particulares, que los especifica y los especializa, haciendo cauce de poéticas difícilmente regulables, si no es a través de estos marcos pragmáticos, que como matrices matemáticas aportan una singladura de complementaridades y diferencias.

Este libro es la visión del viajante que ha vivido lo que otros solo sabemos porque ha sido, estigma epatante del receptor contemporáneo, enfrentándonos a la legitimidad de un documento, que no sé si será uno de los últimos en su intención, pero que nos ayudará a la docencia, a la trayectoria comparativa para mostrar lo que ha sido casi medio siglo de arte de la escena, a caballo entre dos épocas dislocadas y amalgamadas, y que sirve de trazo, de trayectoria, de paso de vigía a lo que tenga que ser el porvenir. Igual cabrá en otras letras, pero será porque acaso estas hayan tenido sentido de ser portadoras, portavoces de una época, tan inmensa y nutriente como la que cien años atrás hizo avanzar el territorio inmensurable del arte de la dirección escénica. Sirva como trasparencia y como señuelo, pero que sirva para disponer de otra aportación más a la historia de nuestra arte, una escena en tránsito, en cambio continuo por mucho que se la halle en cierta detención de su diáspora. Es una mirada sincera y elucidadora de unos maestros vivos, pero que ya en su legado, parecieran huir al mundo de la historia, reciente y eterna, infinita del arte que nos ha tocado vivir, apreciar y, por qué no, soñar, en el avance y cambio permanente de nuestra intención artística.

Les invito a que lo lean, que lo comparen, y quizá no estén de acuerdo, pero quién puede estarlo en un territorio tan inmarcesible e irredento como es el arte de la dirección. Yo sigo pensando que faltan nombres, pero también que no sobran los que en él aparecen... por lo que igual

habrá que pensar en otras bitácoras más... por hacer, por venir. Ojalá sean posibles. Al menos, ésta, plantea esa posibilidad.

David Ojeda